



Carta a Rogelio Martínez Mercado, Campesino, Defensor de la tierra.

Don Rogelio,

Varios motivos animan la escritura de esta carta. El primero de ellos tiene que ver con el simple y agradable ejercicio de escribirle una carta a alguien. Mire que esta particular forma de escritura me permite establecer un dialogo agradable con usted a pesar de saber que eso es una “irracionalidad”.

En estos tiempos muy pocos escriben cartas. Parece que ya no tuviéramos cosas por decirnos ni sentimientos que compartirnos. Sabe don Rogelio, yo a veces creo que lo que pasa es que ya no nos queremos escuchar, pues nos cansamos de esas historias dolorosas e indignantes que desde hace mucho tiempo nos contamos como sociedad. Pero bueno ya hablaremos de eso, mejor sigamos con lo de las cartas.

Como usted bien sabe don Rogelio, las cartas son una forma de superar las limitaciones que la distancia impone a la comunicación. Desde hace mucho tiempo los hombres y las mujeres han buscado formas de comunicarse con otros hombres y mujeres que están lejos, más allá de donde se alcanzan a escuchar nuestras voces, más allá de donde podemos ir. Por eso se nos ocurrió la idea que algunas personas se encargaran de llevar nuestros mensajes a quienes estaban muy lejos. Nos inventamos así los mensajeros: personas,

preferiblemente con buena condición física, que echaban al morral las cartas, con el dudoso compromiso de no leerlas, y emprendían camino hacia la dirección señalada por el remitente.

En la historia hay muchos ejemplos de mensajeros famosos, desde Hermes, aquel dios mensajero que propicio el encuentro entre Hera y Paris, encuentro que más tarde generaría la larga Guerra de Troya; hasta los Chasquis del imperio Inca, grandes corredores que mediante la utilización de un complejo sistema de postas, podían llevar un mensaje del Sapa Inca, que vivía en Cuzco-Perú, hasta Quito-Ecuador.

Otro ejemplo de mensajeros, por cierto muy cercano a su región don Rogelio, son los conocidos juglares vallenatos; aquellos cantantes andariegos que iban de pueblo en pueblo animando las parrandas vallenatas.

¿Porque mensajeros? me preguntará usted; pues porque a través de sus canciones iban cantando las historias de lo que pasaba en la cotidianidad de la vida costeña. Se movían de pueblo en pueblo cantando lo que pasaba en cada uno de los lugares que visitaban. De esta forma, a través de los cantos del juglar vallenato, la comunidad costeña se enteraba de lo que pasaba en lugares lejanos; muchas veces hasta podían enterarse de noticias de familiares o conocidos que vivían muy lejos y con los que era imposible comunicarse. Por eso,

podríamos decir que los juglares vallenatos son los mensajeros de la cotidianeidad de la costa caribe colombiana.

Pero, como usted sabe don Rogelio, los juglares vallenatos son cada vez más escasos. El vallenato se ha convertido en un producto comercial de talla internacional, en donde lo que menos importa son las expresiones culturales alrededor de él, lo que importa es vender más y más. Pero bueno, esa es otra discusión.

Lo cierto es que en nuestra historia la necesidad de comunicarnos nos ha permitido desarrollar múltiples estrategias para compartir nuestro decir: Símbolos en piedras y cavernas, señales de humo, mensajes en botellas, mensajeros y mensajeras, cartas, libros, imágenes, videos, telégrafos, teléfonos y finalmente la red de comunicación más grande del mundo: internet.

Sin embargo don Rogelio, a pesar de las posibilidades que nos ofrecen esas estrategias, hoy queremos reducir al máximo nuestra experiencia comunicativa. En internet, que es donde se desarrolla la mayor parte de la comunicación de la población mundial hoy en día, la comunicación muchas veces queda reducida a un ejercicio repetitivo y estúpido de intercambio de mensajes sin ningún sentido; o lo que es peor se utiliza únicamente como refugio consumista, permitiendo que la web decida quienes somos y como pensamos.

Estamos empeñados en reducir toda comunicación a la vía digital y en ella cumplir estrictamente algunas reglas comunicativas: 1. Economizar al máximo el lenguaje; 2. Decir cualquier cosa, no importa su sentido; 3. Especializarse en inventar personas y personalidades para engañar o aprovecharse de los otros 4. Consumir, consumir y consumir.

Mire don Rogelio, con el desarrollo tecnológico que hemos alcanzado, ahora mismo usted y yo podemos hablar con una persona en China, muy posiblemente contaremos con un traductor y si queremos podemos hablar directamente con él o ella por medio de una videoconferencia.

Lo absurdo es que ahora que tenemos todas esas posibilidades las utilizamos para engañar o para satisfacer nuestro deseo de consumo virtual. Hoy cuando podemos contarnos historias con muchas personas, en muchos lugares, de muchas formas, utilizamos esas posibilidades para preguntarle a nuestro amigo o amiga en China, si en Pekín ya se está vendiendo el último celular de la marca x o y.

Además, don Rogelio, está el grave problema de quienes, realmente, son los que tienen esas posibilidades de comunicación, o para que nos entendamos mejor, quienes son los que controlan esas posibilidades comunicativas. ¿Será que todos pueden comunicarse con la persona en China?, ¿Será que todos y todas podemos acceder a esa tecnología que parece magia? ¿Quiénes son los que controlan la comunicación? y, sobre todo ¿Qué comunican? Yo creo que son preguntas que debemos hacernos. Estoy seguro que usted estará de acuerdo conmigo. Usted que sintió y sufrió la Gran Mentira de los que tienen el poder de comunicar.

En este país, don Rogelio, son unos pocos quienes controlan la comunicación y el desarrollo tecnológico relacionado; son unos pocos los dueños de las grandes transnacionales de la comunicación, que como pulpos gigantes extienden sus tentáculos sobre todas nuestras formas de comunicarnos.

Pero a pesar de ellos, tenemos la posibilidad de apropiarnos de nuestros procesos comunicativos, podemos resistir la fuerza de esos pulpos de corbata y oficinas lujosas. Existen propuestas alternativas de comunicación, existen formas maravillosas de aprovechar todas esas posibilidades, todos esos medios que tenemos para comunicarnos. Usted lo sabe don Rogelio. Como también sabe que tenemos derecho a comunicarnos y sobre todo a definir autónomamente qué y cómo nos comunicamos.

Tal vez por eso, don Rogelio, las personas escribimos cartas. Porque de alguna forma queremos comunicar lo que somos y lo que pensamos. Tenemos esa posibilidad.

Existe una segunda razón para escribir esta carta. Creo que nos permite recordar, nos permite hacer memoria. Por eso es que esta carta está dirigida a usted don Rogelio, porque yo sé que a usted lo mataron. Lo mataron por defender su tierra, por organizarse y exigir sus derechos. Hace ya casi un año que lo mataron por andar diciendo que una tierra en San Onofre le pertenecía a una comunidad campesina y no a unos señores de corbata que llegaron con las armas por delante.

Usted pagó con su vida el atrevimiento de denunciar que unos paramilitares, los de alias Cadena, lo habían desplazado de esas tierras junto con 53 familias más y que habían puesto allí, en la tierra de la comunidad, un centro de torturas y asesinatos. Lo mataron por defender el derecho que



decidido hacer oídos sordos y hacer como si nada hubiera pasado. A pesar de todo eso, don Rogelio, no han podido silenciar la memoria.

Muchas personas recuerdan las numerosas víctimas que han muerto por atreverse a defender su territorio. Recuerdan sus luchas y sus sueños. Cada vez más personas se reúnen para recordar, denunciar y proponer acciones que permitan transformar este mundo desventurado.

Yo creo don Rogelio que recordar colectivamente, no solo nos permite traer el pasado al presente sino que además nos hace responsables de la construcción de nuevas historias, de nuevas memorias, por eso al recordar urdimos la posibilidad de definir nuestro futuro.

Finalmente quiero decirle don Rogelio, que esta carta tiene una característica particular, pues es una carta pedagógica; lo que quiere decir que quien la escribe tiene la intención de enseñar algo.

tienen las comunidades campesinas a permanecer en la tierra que habitan y trabajan. Pero sus asesinos no se limitaron a eliminarlo físicamente, quisieron también enlodar su recuerdo. Lo acusaron de guerrillero, de insurgente, de mentiroso. Quisieron ensuciar su nombre para olvidar su historia de resistencia y de lucha por la tierra.

Y como a usted don Rogelio han asesinado a muchos otros y otras, desde hace mucho tiempo, en muchos lugares, de muchas formas. El campo ha estado marcado por una guerra a muerte por el control y la explotación del recurso agrario. El conflicto por la tierra ha estado siempre acompañado de una estela de violencia que ha inundado de bala, sangre y guerra la totalidad de la geografía nacional.

Esta violencia ha dejado muchas víctimas, de todos los lados y de todas las condiciones; sin embargo es una violencia que se ha encarnizado principalmente contra aquellos y aquellas que se han resistido a observar pasivamente cómo se arrasa la tierra y se desplaza o asesina a quienes la habitan y cultivan. Son muchos los campesinos, indígenas y afro que han sido asesinados por defender sus derechos y su relación interdependiente con la tierra.

Sin embargo, a pesar de que como sociedad hemos querido ocultar la violencia y muerte generada por la propiedad y el uso de la tierra; a pesar de que hemos querido silenciar la voz de los que luchan y resisten; a pesar de haber inventado historias que transfiguran los opresores y desconocen los oprimidos. A pesar de que como país hemos

¿Usted ha escuchado hablar de un pedagogo brasileiro llamado Paulo Freire? Bueno, a él le gustaba bastante escribir cartas. Escribió varias en su vida y en algunos libros las recoge. Uno de esos libros se llama Cartas a quien pretende enseñar. En ese libro Freire dice muchas cosas interesantes don Rogelio, pero una que me parece fundamental es que insiste muchísimas veces en que para que un proceso educativo tenga sentido debe ser un proceso de enseñanza-aprendizaje y debe estar mediado por el diálogo.

Esto implica que los y las que enseñan no pueden renunciar a aprender, deben dialogar con los y las que aprenden para construir nuevos aprendizajes y para conocer el mundo de diferentes maneras. Es decir, los y las que participan en el proceso educativo deben estar abiertos al diálogo implícito en toda práctica educativa crítica.

Le voy a contar lo que hice para escribir esta carta pedagógica para que sea más claro eso del proceso enseñanza-aprendizaje. Lo primero que hice fue definir qué quería decirle; luego investigué sobre eso que quería decirle, lo que me implicó aprender algo; después pensé la mejor forma de decírselo y, siendo consciente y honesto con la intención que tenía para decírselo, redacté la carta. Por supuesto, esto es solo una forma de realizar el proceso de aprendizaje, existen muchas y diversas.

Lo significativo don Rogelio es que al poner en diálogo mi proceso de aprendizaje con usted se genera un proceso de enseñanza, lo que supone que usted también aprende algo, comenzando así un nuevo proceso de enseñanza-aprendizaje.

Se da cuenta don Rogelio, el diálogo que establecemos por medio de esta carta nos permite a usted y a mí aprender algo, o como diría Freire, por medio de la palabra reflexionamos y aprehendemos el mundo.

Ahora imaginase las posibilidades que tendríamos si dialogáramos viéndonos a los ojos, imagínese si tuviéramos la posibilidad de encontrarnos frecuentemente a dialogar sobre como aprehendemos el mundo, imagínese todas las acciones que podríamos realizar en compañía de otros y otras. Pero tristemente la realidad es que a usted y a mí, nos arrebataron esa posibilidad y solo nos queda este pequeño recurso didáctico.

Bueno y se preguntará usted que es eso que aprendí y quiero enseñarle. Pues quiero comentarle que estoy realizando un proceso de investigación acción participativa en la región de los montes de María. Es un proceso sobre el que podría contarle muchas cosas don Rogelio, pero una que me parece fundamental, es que aprendí que la IAP es una estrategia muy valiosa para transformar la realidad.

Don Rogelio, usted de pronto conoció al profesor Orlando Fals Borda, debido a su trabajo en la región costeña. Tal vez recuerda que por allá en 1978, él escribió un artículo que se llama: Por la Praxis. El problema de cómo investigar la realidad para transformarla. Lo significativo del artículo es que hace evidente que desde el inicio Fals planteó el reto de construir una metodología de investigación que permitiría puntualmente una cosa: transformar la realidad. Desde el inicio la IAP se constituye a partir de una necesidad y una intención ético-política.

Si revisamos algunos de los principios fundamentales de la IAP podemos ver como se ha ido desarrollando esa intención ético-política:

Compromiso ético político. La IAP supone asumir una posición política clara frente al problema social que se pretende analizar. La acción política del investigador o investigadora está articulada con las luchas y la defensa de los intereses de las comunidades con las que se realiza el proceso investigativo. Así, la IAP pretende trabajar para “armar ideológicamente e intelectualmente a las clases explotadas de la sociedad, para que asuman conscientemente su papel como actores de la historia” (Fals Borda, 1979).

Defensa de la ciencia popular. Al establecer diálogo con las comunidades nos vemos en situación de poner en duda la construcción epistemológica de corte occidental y positivista. Las construcciones

conceptuales de las comunidades populares están ancladas a sus condiciones espaciales y temporales, a su práctica cotidiana y a la necesidad de resolver problemas prácticos, por eso el o la investigadora deben poner en discusión los criterios de validez de la ciencia tradicional, reconociendo el valor de la ciencia popular. Además es determinante establecer un diálogo de saberes con las comunidades que permitan la construcción colectiva del conocimiento y anime la discusión de las características y los objetivos del proceso investigativo.

Praxis. Podemos entender el ejercicio práxico como un movimiento dialéctico entre la acción práctica (lo que hacemos) y la reflexión contextualizada (lo que pensamos). El investigador debe posibilitar el diálogo entre las características que configuran la realidad investigada y la estructura conceptual que utiliza para analizarla, reconociendo que ambos escenarios (teoría y práctica) se determinan mutuamente. Por eso se debemos evitar la teoría abstracta y alejada de la práctica, pues fácilmente podemos caer en un ejercicio de teorización vana y academicista; pero, de igual forma, el privilegiar exclusivamente la práctica, privándonos de la teoría, puede llevarnos a un activismo sin sentido.

Recuperación crítica y devolución sistemática. La IAP busca una recuperación crítica de la historia, las prácticas culturales y los saberes propios de la comunidad con la que se desarrolla el proceso investigativo. Estos insumos investigativos, generados en la praxis, han de ser devueltos a la comunidad de forma organizada y sistemática utilizando para ello un lenguaje familiar a la comunidad y una estrategia de socialización clara y comprometida con las necesidades y particularidades de la misma. Así, los resultados de la investigación regresan reconstruidos críticamente a las comunidades donde se gesta el proceso investigativo.

Ya para despedirme Don Rogelio quiero volver a insistir en esa intención de transformar la realidad, pues, tristemente, como usted sabe bien, hoy esa realidad está mucho peor de lo que estaba en 1978. Por eso es que yo creo necesario que los investigadores e investigadoras investiguemos para algo más allá de la vanidad y el reconocimiento académico. Siguiendo a Fals, podríamos investigar para contribuir a la transformación de nuestra realidad. 

Me despido de usted con un abrazo,

Johan Torres Cotrino
Profesor Universidad Pedagógica Nacional
Bogotá, 2013.